

ESPECIAL HAITÍ

Tres largos meses después del terremoto¹

Suzy Castor

Centre de Recherche et de Formation Economique et Social pour le Développement, (CRESFED), Haití²

Traducido por Graciela Uriburu

*Mi país es un coágulo de sangre en la garganta...
Después de tantos llantos y dolores, llegará la
canción que secará todas las lágrimas,
oh mi bello país sin eco.
Llegará el canto de los niños que tendrán dieciséis
años en la próxima luna llena.
Y, aunque yo ya duerma bajo tierra,
su canción logrará despertarme y entonces, en un
poema que escribiré con mis huesos diré: ¿Mi bello
país? ¡No está muerto! ¡No está muerto!
Anthony Phelps³*

Fueron suficientes 33 segundos para que un país entero caiga en el horror y en la angustia. Tres meses después de ese cataclismo que nos llegó hasta lo más profundo de nosotros mismos, tratamos todavía de interpretar el significado de ese trágico acontecimiento en nuestra vida de pueblo. Nunca lo repetiremos demasiado: el balance de las cifras a pesar de su frialdad, subraya el tamaño y el horror de una de las catástrofes más inusitadas del siglo XXI: 300.000 muertos (estas pérdidas equivaldrían proporcionalmente a 4.620.000 personas en China), 1 millón y medio de personas sin techo, más de 600.000 desplazados, 400.000 mutilados, la destrucción de los símbolos del poder público, del patrimonio cultural, de los edificios administrativos, de las infraestructuras, de casas ricas y pobríssimas, de los centros económico, de escuelas, lugares de culto, etc.

Desde hace tres meses afrontamos cotidianamente la pérdida irreemplazable de centenares de miles de vidas y la ausencia, ¡cuán penosa! de los recursos humanos más calificados. Los sufrimientos emocionales y el desgarramiento del tejido social, cultural e intelectual del pueblo haitiano son heridas aún vivas. El *shock* psicológico, más fuerte aún por lo inesperado, nos ha traumatizado en un nivel u otro. «El síndrome del hormigón», presente en todas las capas sociales, se ha instalado sobre la incertidumbre de amenazas de catástrofes futuras bajo la forma de otro sismo, ciclones, inundaciones, deslizamientos de tierra o incluso de tsunamis.

Desde los primeros momentos, las iniciativas espontáneas de la población permitieron salvar víctimas, recoger a los muertos, socorrer a los sobrevivientes, reconfortar a los vivos, establecer refugios provisionales en la zona metropolitana o recurrir al retiro tranquilizador en las provincias. Estas iniciativas reemplazaron la falta de acción del gobierno, el cual se vio sobrepasado por los acontecimientos, desamparado e impotente para resolver las urgencias, para orientar y acompañar a la población. Tres meses después del sismo, tal vez a pesar de esfuerzos loables y de la presentación de un documento del gobierno en Nueva York el 31 de marzo último, no se llega aún a percibir un plan claro y definido sobre la gestión y coordinación de la ayuda humanitaria, ni sobre el establecimiento de prioridades en las diferentes fases del post-terremoto.

Lo que realmente existe es el inmenso capital de simpatía, el formidable impulso de generosidad, la masiva respuesta humanitaria y la «ternura» de los pueblos del mundo hacia Haití repitiendo las palabras de René Depestre. A nuestros socios y amigos tradicionales se agregaron gobiernos del mundo entero que mostraron su preocupación por intervenir rápidamente. Haití, jamás ha recibido tantas visitas de Jefes de Estado o de personalidades de instituciones internacionales que reiteraron su mensaje de respeto y de afecto por el pueblo haitiano. La sociedad civil de los cuatro rincones del mundo ha manifestado su apoyo y solidaridad de diferentes maneras. Sin contar las fuerzas militares, entre 60 y 80 mil extranjeros se instalaron en Puerto Príncipe después del 12 de enero.

Las catástrofes naturales a menudo han revelado problemas sociales y a veces han provocado sismos políticos. Más que nunca, en esta circunstancia particular, las contradicciones del sistema económico social y la profunda crisis que atraviesa la sociedad haitiana desde hace ya varias décadas, se han puesto al descubierto. La ausencia del Estado, la falta de institucionalización, la ineficacia de ciertos organismos, la magnitud de la indigencia, la extrema vulnerabilidad, la precariedad y la dependencia en que vive el pueblo haitiano

1 Conferencia dictada por la Dra Suzy Castor en el International Symposium sobre : Haiti today, Haiti tomorrow : contrasting perspectives, Universidad de Ottawa, 6 y 7 de abril, 2010. Publicado en poSibles con autorización de la autora.

2 La Dra Castor es la Directora del CRESFED. 10, Rue Jean Baptiste, Canapé Vert, Port-au-Prince, Haití.

3 Anthony Phelps, 1928. Poeta e intelectual haitiano.

ESPECIAL HAITÍ

Tres largos meses después del terremoto

aparecen de un modo evidente. El sismo hizo surgir en la plaza pública los síntomas del malestar de una sociedad de exclusión a dos velocidades.

Actualmente, la realidad sigue siendo terrible y los inmensos y profundos problemas a resolver se entremezclan con las urgencias impostergables de construcción a mediano y largo plazo. Se trata sobretodo de asegurar una vida digna a miles de desplazados, de proteger a la población del peligro permanente de derrumbe de las casas fisuradas, de limpiar la ciudad, de procurar servicios médicos a las víctimas, de administrar los 1.053 campos de refugiados que, por un lado, corren peligro de transformarse en una triste permanencia según palabras de Lionel Trouillot y, por el otro, de convertirse cada día más en una bomba de tiempo, de proceder a reabrir las escuelas, de acompañar psicológicamente a niños y adultos desamparados, de realizar una mejor gestión y coordinación de la ayuda, de relanzar una economía herida en sus tuétanos y de poner de pie un país desmoronado. ¡Tarea gigantesca, si las hay!

Si se es consciente o no, si se está convencido o si se lo dice sin creer en ello, hay un hecho seguro: el Haití de antes y el de después del 12 de enero son diferentes. Incluso el *statu quo* adquiere hoy otro significado para esta nación sacudida en sus cimientos. La especificidad de la respuesta a la urgencia determinará irremediamente las vías y características de la reconstrucción.

II - Oportunidades y peligros

Se ha subrayado muchas veces, con razón, que esta catástrofe, a pesar de lo desgarradora que es, puede convertirse en oportunidad. Ha hecho aparecer lo mejor de nuestro pueblo. La gran solidaridad y la devoción inestimables desplegadas por todas las capas sociales de la zona metropolitana, de las ciudades de provincias o de sectores comunales, han hecho reaparecer con un vigor inesperado valores que parecían en retirada en nuestra sociedad y que constituyen la energía indispensable para toda empresa de construcción en este momento tan difícil. Sin embargo, si no estamos conscientes de ello, si este impulso espontáneo no se encuadra en una gran *coumbite*⁴ nacional que plantee los problemas de las mayorías y manifieste una voluntad real para solucionarlos, puede rápidamente transformarse en un sálvese quien pueda personal, en un repliegue al individualismo a ultranza, en asistencialismo o incluso en un estímulo a la mentalidad de asistidos.

La sorprendente determinación del pueblo haitiano para afrontar la realidad del post- terremoto en los campos y en los barrios demuestra, una vez más, las ventajas reales y potenciales de su fuerza, de su dinamismo y de su creatividad para emprender esta tarea hercúlea que nos ha tocado. Es portadora de esperanza. Sin embargo, esta resistencia de la vida, esta fuerza en la desgracia corre el peligro de acantonarse en lucha desesperada por la supervivencia y gestión de la miseria y de no llegar a dar, en estos comienzos del siglo XXI, el salto que signifique la lucha por la vida y contra la exclusión, por la plena dignidad y la equidad, por la conquista de una ciudadanía para todos. Por el momento, todavía no hemos salido de lo peor. Lo más difícil nos espera aún y nos acecha el peligro de instalarnos en una anomalía que se convierta ante nuestros ojos en la normalidad de lo cotidiano.

La urgencia creada por el terremoto y el hecho de tener un Presidente no reelegible al fin de su mandato deberían favorecer la adopción de un cierto número de decisiones estratégicas y la aplicación de disposiciones más difíciles en circunstancias normales a pesar de su impopularidad o de lesionar intereses inmediatos. Los tres meses de estado de urgencia acordados al gobierno no se han aprovechado para tomar con valentía, ciertas medidas reclamadas por las circunstancias como la ordenación del territorio, el medio ambiente (canteras de arena, definición de reglas del juego claras y definidas en la relación público/privado, reforma de la justicia, etc.). Dos ilustraciones claras de esta realidad: la destrucción del 80% de las escuelas, en su mayoría privadas de la zona metropolitana, ofrece la ocasión de promover un nuevo sistema educativo, columna vertebral de todo programa de cambio, sueño bicentenario desde la independencia. Por otra parte, se hubiera podido obtener un beneficio del hecho inédito del éxodo de Puerto Príncipe hacia el interior, e implementar un vasto programa de rehabilitación de las provincias y sectores comunales y poner en marcha la descentralización, una de las prioridades para el desarrollo del país prevista por la Constitución de 1987, pero bloqueada desde hace ya más de dos décadas.

Pero el dejar hacer, la indecisión del poder y la imposición de intereses mezquinos de ciertos sectores, pueden constituir un aliado muy poderoso para el *statu quo* e impedir cambiar lo que necesita ser cambiado. Además la solicitud del ejecutivo de renovar y prolongar a 18 meses el estado de urgencia, crea una inquietante confusión de consecuencias imprevisi-

4 En Haití, forma ancestral de trabajo comunitario basado en la ayuda mutua.

ESPECIAL HAITÍ

Tres largos meses después del terremoto

bles. El estado de urgencia a corto plazo, podría convertirse en estado de excepción a largo plazo.

La ayuda masiva de los gobiernos, de la sociedad civil mundial y las reprogramaciones de deuda representan un pivote poderoso para inaugurar la era de la reconstrucción. Es evidente que «ninguna nación podría responder sin ayuda a una catástrofe de esta magnitud sin el amplio apoyo de la comunidad internacional». El sismo, también en este aspecto ofrece una oportunidad para construir otro sistema de solidaridad y otro modelo de cooperación.

Pero, considerando la extrema fragilidad del Estado haitiano, ciertos sectores, por diversos e inconfesados motivos, quieren hacer revivir los viejos demonios de ayer señalando que la mejor manera de reconstruir Haití consistiría en confiarle la administración, por un cierto período, a uno u otro Estado reconocido por su gobernabilidad. Otros, más imaginativos, recomiendan para la reconstrucción la constitución de un consorcio de países amigos bajo los auspicios de Naciones Unidas. A pesar de las reiteraciones de todos para que «el gobierno de Haití sea parte activa y fundamental de todas las decisiones» la adopción de ciertas disposiciones y de ciertas prácticas con o sin sutilezas, refuerza actualmente esta tutela larvada que oficialmente no dice su nombre. Incluso sin remontarnos a las consecuencias del sistema post-ocupación de 1915 y sin falsas perspectivas, debemos interrogarnos sobre los resultados de la larga lista de intervenciones que se han repetido desde hace ya más de una década. Sería importante que, en ningún caso, el terremoto del 12 de enero 2010 conduzca a nuestros socios a planificar una nueva intervención en Haití, sea cual sea su forma, como por ejemplo, la Comisión Interina para la Reconstrucción de Haití (CIRH). Haití, si nos descuidamos, podría servir de laboratorio para una verdadera exploración de nuevas vías de tutela en estos comienzos del siglo XXI. Será necesario recordar que incumbe al pueblo haitiano y no a la Comunidad Internacional, asumir la pesada responsabilidad de la refundación nacional. Los países donantes no deben substituir al Estado haitiano o simplemente maquillarlo. El hecho de que varios de entre nosotros juzguen oportuno reiterarlo a cada momento, prueba que el riesgo existe.

En fin, tres grandes ventajas se ofrecen a Haití para cambiar esta oportunidad en realidad. Por una parte, la juventud de la población que puede asegurarle dinamismo, vigor, generosidad y creatividad, pero también que acaricia el sueño de

llegar a El Dorado más allá de nuestros mares; por otra parte las mujeres que representan el *poto mitan*⁵ de nuestra sociedad aunque sean atacadas por duras tensiones multiformes. Y finalmente, la diáspora movilizada desde los primeros momentos del terremoto, ofrece de manera inestimable para esta reconstrucción, su reserva de experiencia y de competencias técnicas, intelectuales y profesionales.



III - Replanteamientos indispensables

En el período posterior al terremoto se menciona cada vez más el término «refundación» de la nación, preconizada por patriotas desde los años 70. Si bien es cierto que este vocablo no tiene el mismo significado para todos, se sitúa objetivamente en la dimensión histórica haitiana y remite a nuestra experiencia de pueblo y de nación. Traduce, según Gérard Pierre-Charles, «la necesidad de ruptura, de superación y de renovación que ponen en cuestión importantes estructuras, instituciones y prácticas de carácter político, social y cultural». Para llegar a convertir las oportunidades del momento en realidades, son indispensables rupturas y replanteamientos.

El Estado haitiano ya muy fragilizado, naufragó con el terremoto. Se plantea ahora el gran desafío de que este momento trágico sea el gran catalizador de su indispensable transformación. La ruptura debe cumplirse para reconciliar el Estado y la nación, terminar con la República al servicio de la minoría, combatir la exclusión y transformar la administración pública. Este momento decisivo de la vida nacional exige la puesta en marcha de la economía, la construcción de los sistemas de educación, de salud, de justicia, la relocaliza-

⁵ Poto mitan, créole. Pilar central de la familia.

ESPECIAL HAITÍ

Tres largos meses después del terremoto

ción y la descentralización indispensables para el buen funcionamiento del Estado y de las colectividades territoriales, lo mismo que el bienestar de los ciudadanos y ciudadanas. Reclama la adopción de disposiciones que no pueden esperar. Hay muchos déficits que llenar: por ejemplo, de credibilidad, de transparencia, de defensa de los intereses populares, de recuperación de la soberanía.

En realidad, existen planes que nunca fueron aplicados que, a partir del terremoto se han multiplicado, provenientes de diversas entidades oficiales o no, asociaciones o instituciones haitianas o extranjeras. Algunos son excelentes, otros menos buenos, y otros simplemente malos. Sin embargo, en medio de esta cacofonía se deplora la ausencia de orientación de un gobierno que, teniendo en cuenta todas esas sugerencias, presente a los ciudadanos, para ser negociado, sin engaños, un proyecto nacional coherente, solidario con los intereses de la nación en todos sus componentes y que reubique a Haití en el contexto internacional. Pero, a pesar de ciertas apariencias, ¿no debemos, en realidad constatar, una renuncia evidente a llevar a cabo esta tarea?

Se plantea con toda urgencia la institucionalización indispensable para asegurar la buena marcha del país a todos los niveles y en todos los ámbitos. Un ejemplo entre mil: la corrupción, omnipresente e intolerable tanto de los nacionales como de los extranjeros, mancha a la sociedad en general. Sin una institucionalización real y mientras el sistema judicial no funcione como debe, a pesar de las denuncias y de las comisiones investigadoras, esta situación se mantendrá igual. Es evidente que en todas las latitudes y en cualquier sociedad, la impunidad es el terreno propicio para el desarrollo de la corrupción. Haití no es la excepción.

La refundación y la institucionalización demandan también grandes cambios en el funcionamiento de los partidos políticos y de las organizaciones de la sociedad civil. Solo queda una sola salida a los dirigentes y a las élites haitianas y es la de cambiar de comportamiento, organizarse de manera multiforme, reforzar los movimientos sociales, participar activamente en las obras de reconstrucción de la nación. Por su lado, las masas haitianas deben adquirir más confianza en sí mismas y en su capacidad, abandonando cierta mentalidad de asistidas, para superar la situación actual y no quedar al arbitrio de líderes mesiánicos o populistas.

Aunque el proceso histórico de cada país es único debemos

analizar otras experiencias como la de Ruanda, a pesar de sus limitaciones y fuertes diferencias con Haití. Así podremos evaluar los resultados del vínculo entre la adopción de medidas estratégicas, la formación, la sensibilización y la educación, con la legalización de las medidas, el funcionamiento adecuado de la justicia y la aplicación rigurosa de la ley para todos, sin distinción alguna.

Las circunstancias actuales podrían crear la perspectiva de una nueva cooperación con una comunidad internacional omnipresente y omnipotente. Hay que admitir que si el éxito de esta cooperación se basa en el funcionamiento del Estado haitiano, en la voluntad política del poder y en la participación de los haitianos mismos, no es menos cierto que la ausencia del Estado ha llevado a que la comunidad internacional alcance un peso aplastante. Los socios tradicionales y los nuevos socios del Sur están presentes entre nosotros, decididos a invertir más allá de la urgencia por un desarrollo sostenible. También en esto, y con toda honestidad hay que tener el coraje de considerar que el balance de esta cooperación y sus resultados (incluso de su fracaso) no podrán ponerse unilateralmente en la cuenta de los haitianos. Ciertamente esos resultados pueden estar condicionados por la crisis estructural o por coyunturas explosivas en Haití, pero al mismo tiempo se deben también a la concepción misma de la cooperación (ligada a la deuda; búsqueda de salvaguarda de zonas de influencia; destino final de la ayuda; comportamiento de los «expertos»; consecuencias perversas para el país; reproducción sistemática y sin discriminación alguna de esquemas aplicados en otros países; búsqueda insistente de visibilidad; política de despilfarro irracional; etc.) ¿Como llegar a una estrategia de cooperación que refleje la realidad compleja y las necesidades fundamentales del pueblo haitiano?

De la misma manera, hay que tener el coraje de evaluar el mandato de la MINUSTAH y de los resultados obtenidos. Después de seis años de presencia continua, la formación de la policía nacional ¿permite asegurar la seguridad pública y considerar un retiro progresivo de las fuerzas de Naciones Unidas? ¿Por qué se repite tanto que hay que prever el mantenimiento durante los próximos decenios de esta fuerza?

La reconstrucción no podrá hacerse sin la participación de los actores locales, de la diáspora y de los miembros de la comunidad internacional. Que quede claro: la reconstrucción no es solamente la construcción de edificios en las zonas

ESPECIAL HAITÍ

Tres largos meses después del terremoto

afectadas. Para llegar a aprovechar la inyección masiva de los capitales que parecen anunciarse, hay que encontrar, en un camino lleno de emboscadas y de dificultades de orden político, social, económico y humano, respuestas originales para re-edificar una nueva sociedad; de lo contrario existe el peligro de profundizar la brecha entre ricos y pobres, de crear nuevos millonarios haitianos y extranjeros y de hacer de esta prueba una nueva oportunidad perdida. La inteligencia y la creatividad cultural son las palancas indispensables para el renacimiento y la modernización de la nueva Haití. Carlos Fuentes reconoce que el mayor capital de América Latina es su cultura, de una profundidad y de una continuidad jamás interrumpida y que nada logró interrumpir. En Haití, más aún que en el resto de América Latina, ante el constante fracaso de la construcción de una nueva sociedad, se plantea la siguiente pregunta: ¿cómo transportar esta continuidad y este vigor extraordinarios de la cultura a la vida política y económica?

Puerto Príncipe, capital de un país donde toda una sociedad emprenderá finalmente el camino de la realización de un sueño bicentenario, donde cada haitiano se sienta completamente ciudadano, debe ser reconstruida como la ciudad de la humanidad. Ojalá que reconstrucción y refundación logren situar en el concierto de las naciones a una Haití soberana que refleje los tiempos nuevos por los que todos trabajamos. ¿Es esto una utopía? Si lo es, la adoptamos conscientemente pues, como lo decía Eduardo Galeano: La utopía es como la línea del horizonte, avanzamos dos pasos y ella se aleja dos. ¿Para qué sirve, entonces? Sirve porque nos permite caminar y luchar.

*Autor: Prefete Duffau (Haití)
Pintura sobre lienzo*



SUZY CASTOR

Suzy Castor es una de las intelectuales más importantes de Haití y el Caribe y su compromiso con la defensa de los derechos humanos, incluidos los refugiados y los inmigrantes, es ejemplar.

Diplomada en Ciencias Sociales por la Escuela Normal Superior de Haití en 1958 y doctora en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), es una de las personas que ha escrito con más lucidez sobre el pasado y el presente de su país y del Caribe.

Entre 1968 y 1986, fue profesora de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, durante su exilio en México. En 1972, creó el Centro de Estudios del Caribe en la Facultad de Ciencias Políticas y, en 1976, fundó la revista especializada Caribe Contemporáneo, publicada por este Centro.

En 1986, tras la caída de la dictadura de Duvalier, regresó a su país, donde junto con su esposo, Gérard Pierre Charles, participó en la creación de una organización no gubernamental, el Centro de Investigación y Formación Social para el Desarrollo (CRESFED, en sus siglas francesas), que dirige desde 1995.

En 1987, dirigió el Programa de Elaboración de la Enseñanza en Ciencias Sociales para las Escuelas Fundamentales de la UNESCO. También impartió clase en la Universidad del Estado y en 1990 y 1991 fue miembro del Consejo de Estado. Ha publicado seis libros, entre ellos *La intervención norteamericana en Haití y sus consecuencias* (Siglo XXI. México, 1978), *Migración y relaciones internacionales* y *El caso haitiano-dominicano* (UNAM y UASD. Santo Domingo, 1987).

Ha participado en varias obras colectivas sobre historia de Haití, el Caribe y América Latina. Ha publicado más de 50 artículos en revistas científicas, ha dictado cursos en universidades de varios países y ha participado en seminarios en América y Europa.

Durante sus dos décadas de vida y trabajo en México, participó de manera destacada en la solidaridad con los refugiados, en particular con los procedentes del Cono Sur y de América Central.

Ha trabajado por la reinserción de los refugiados retornados y por la defensa de los trabajadores inmigrantes haitianos, sobre todo en República Dominicana.

Suzy Castor ha sido distinguida como Doctora Honoris Causa por la Universidad Autónoma de Santo Domingo, es vicepresidenta de la Asociación de Historiadores de América Latina, es miembro del Tribunal Permanente de los Pueblos y ha recibido la Medalla "Haydée Santamaría" de Cuba en reconocimiento a su contribución para el avance de la cultura en América Latina.

Actualmente dirige la Revista "Rancontres" cuyo último número ha sido lanzado en setiembre de 2010.